

La diversidad filosófica*

Jesús Rodolfo Santander**

Para Jacinto

Quiero sumarme a los maestros y estudiantes que me precedieron para darles mi bienvenida a los jóvenes que este año inician sus estudios filosóficos, en mi calidad de colaborador de años en este colegio, nuestro colegio, al que yo quisiera referirme llamándole "casa de la filosofía". Las reflexiones sobre la diversidad filosófica que siguen a continuación buscan servir de guía a quienes deben orientar sus primeros pasos por esta casa.

Como es lógico, lo primero que hacemos cuando alguien llega a una casa por primera vez es presentarle a sus moradores, y en primer lugar a los dueños de casa. En nuestro caso se supone que la dueña de esta casa es la filosofía, pero a ésta no se la ve por ninguna parte. ¿Dónde está la filosofía? Lo primero que a muchos de ustedes les va a sorprender es que la filosofía que esperaban encontrar aquí no se presenta con el rostro uniforme que se imaginaban, sino con un rostro múltiple, con una serie de máscaras, bajo una serie de aspectos. Alguno de ustedes podría decir: "Yo no venía a un baile de máscaras, sino a encontrarme con la filosofía." Y en lugar de la filosofía misma, me encuentro con una serie de personas, estudiantes –algunos ya veteranos– y maestros que a simple vista revelan, como es natural, caracteres personales muy diferentes y que tratan diferentes temas.

Mas no sólo esto, sino que todos esos temas son abordados de maneras muy distintas y –esto es ya menos natural– citando a autores de todas las épocas y nacionalidades. Sin embargo, lo que en este ambiente resulta más curioso, si no completamente extraño, es que al tratar esos temas se perfilan, además, posiciones muy diversas. De esta manera, y sin quererlo, los exponentes habrán mostrado a la filosofía bajo una diversidad de aspectos, muchas veces contradictorios, y esto no podrá dejar de despertar en quienes llegan por primera vez a esta casa, un sentimiento de no estar precisamente en su casa. Es un sentimiento de extrañeza –busquen si no en su memoria– como el que nos asalta cuando llegamos a un lugar nuevo. En esas ocasiones no nos sentimos cómodos ni estamos seguros. Y es por eso que agradecemos tanto que al llegar haya alguien para recibirnos, un maestro o un estudiante, que nos introduzca en el medio extraño y nos ayude a familiarizarnos. Es con este sentido que se realizan todos los años estas jornadas de recepción de los estudiantes, y sólo si se tiene un espíritu muy ligero o se es corto de miras, se pensará que estas jornadas académicas son nada más que para

* Conferencia leída en el Colegio de Filosofía de la BUAP en las Terceras Jornadas Filosóficas de Bienvenida, en el mes de septiembre de 2003.

** Profesor-investigador del SeS-VIEP-BUAP.

cumplir con una formalidad anual o para dar un escenario al lucimiento de los exponentes. Esta casa de la filosofía es sin duda muy peculiar y los recién llegados necesitan de entrada una brújula.¹

La impresión de extrañeza que han recibido durante el coloquio, no dejará de crecer con los cursos de los primeros semestres de la carrera, pues se afirmará frente al espectáculo de la diversidad de sistemas filosóficos que ofrece el estudio de la historia de la filosofía y muy particularmente durante la lectura de los textos filosóficos del pasado, los que demandan un esfuerzo especial de comprensión e interpretación. Pero esta extrañeza llegará a su colmo cuando el estudiante descubra en el Colegio la existencia de grupos ya formados –o que se están formando– en torno a maestros que defienden una opinión, a la vez que se oponen –a veces con aspereza innecesaria– a otros que defienden una opinión contraria.

Así, en los cursos o en los pasillos el estudiante podrá escuchar a algún maestro sostener fríamente (y quizás ya han escuchado esta opinión durante el coloquio) que la filosofía no puede sino subordinarse a fines prácticos, mientras que podrán escuchar a algún otro sostener con ardor que la filosofía es un saber de hombres libres, tan fundamental que no puede subordinarse a ningún otro fin que no sea ella misma. Verán que para algunos la filosofía no es más que ideología, mientras que para otros es por el contrario un saber crítico que desmascara las ideologías. Y también que para unos la filosofía tiene como objeto el ser social del hombre, su existencia social, mientras que otros no pueden aceptar una filosofía que pase por alto la existencia humana individual. Es seguro que escucharán a algunos afirmar que no hay verdadero saber fuera de la ciencia y que la filosofía no cumple los requisitos para ser considerada ciencia; pero no es menos seguro que frente a estos escucharán también a otros que pensarán que la filosofía es ciencia, y a otros aún, que defenderán que hay un verdadero saber en la filosofía –y también un verdadero saber en la religión, en el arte y en la poesía. Algunos dirán que el hombre es libre, otros lo negarán. Algunos que existe Dios, otros que no hay Dios. Algunos que hay espíritu; otros que no hay más que materia. Algunos negarán la posibilidad de pensar y aun de hablar sobre estas cosas, mientras que otros afirmarán su posibilidad. Algunos podrán haber señalado como límite del decir y del pensar a la lógica dominante, pero otros considerarán que el imperio de la lógica del entendimiento es limitado y que, puesto que no se funda a sí misma, sus fundamentos deben ser meditados. Para algunos el discurrir sobre estas cosas será sólo una enfermedad del espíritu, para otros la filosofía será el único remedio que nos queda para hacer frente a un mundo enfermo y furiosamente enloquecido –como es patente para cualquiera que esté medianamente informado y tenga ojos para ver y oídos para oír. ¡Pero cuántas opiniones y qué contradictorias! ¡Cuántos autores, textos y escuelas! ¿A quién hacer caso? ¿Cómo se ordena todo esto? Decididamente, pensará nuestro estudiante, en la casa de la filosofía reina el desconcierto y, en su ánimo, durante estos primeros encuentros con el mundo filosófico, habrá algo más profundo que una simple impresión; habrá un verdadero extrañamiento.

Pero es precisamente en esta situación cuando, frente a esa diversidad, podrá iluminarse en su espíritu el sentido de una cuestión, la que quizás logre llegar a plantearse como una pregunta. Puede ser una pregunta general como ésta por ejemplo: "¿Hay una opinión verdadera en todo esto?" O ésta: "¿Dónde

¹ Cfr. Jesús Rodolfo Santander: "Filosofía, en la aventura del comienzo", en *La lámpara de Diógenes*, núm. 4, julio-diciembre 2001, México: BUAP.

está la unidad de la filosofía?" Otras veces la pregunta que brotará en el espíritu de nuestro aprendiz puede apuntar a un terreno más específico. Puede ser una pregunta que se me ocurrió, o que encontré durante la lectura de una obra de filosofía o de ciencia, como ésta por ejemplo: "¿El hombre es libre?, ¿no será que sus comportamientos están determinados como los de una rata?" No es una pregunta cualquiera, pues por lo pronto, entre las diversas cuestiones que se me han presentado, por alguna razón ésta no me ha dejado indiferente. En realidad, una pregunta semejante es un acontecimiento de mi vida espiritual si marca el comienzo de un cuestionamiento, el inicio de una reflexión y de una búsqueda filosófica sostenida.

Después de tantos meses o años, mi pensamiento por fin se ha despertado y se ha puesto en marcha. Es que he comenzado a comprender el sentido de esas opiniones y a entender que puedo superar ese estado de extrañamiento en el que me siento. Ya no estoy solo en medio de una montaña inconexa de opiniones, de discursos y de textos escritos por otros, como "una ostra por la que transitan ondas extrañas". He comprendido el sentido de alguna de esas cuestiones y ahora quiero saber si alguna de las alternativas es verdadera, o si es necesario buscar más allá de esas alternativas todavía. Ahora no estoy solo, me acompaña una tarea: comprender y saber. Esto es algo que en adelante definiré en general mi proyecto filosófico.

Mi espíritu extrañado en medio de tantas obras y opiniones ajenas, ha dado un giro. Ha comprendido que al movimiento de extrañamiento, debe seguir ahora un movimiento de conversión, de retorno junto a sí, a casa, *zu Haus, chez soi*, que será un volver con el sentido conquistado en la situación de extrañamiento, cuando el espíritu estaba fuera de sí, expatriado, cuando estaba en esa exterioridad en la que existen las opiniones y las obras de los otros. Ahora, si soy capaz de mantenerme firmemente asido al hilo conductor de una pregunta filosófica, podré habitar el sentido de una obra filosófica –no digo de todas, pero sí al menos de una– y comprender las ideas que ella expresa; el sentido de esa obra me habita y me ilumina, aclarando el camino de mi investigación y alentando mi cuestionamiento. He comenzado a pensar en su elemento.

Ahora me siento en esa obra como en mi casa. Y sin saberlo, he comenzado a cumplir con la ineludible tarea de toda generación estudiosa frente a su pasado: la tarea de apropiarme de la tradición, que en nuestro caso es ante todo la tradición filosófica, esto es, de hacer mías algunas de las grandes obras y sistemas. Es una tarea que cumplimos tanto mejor cuanto mejor comprendemos que la diversidad forma parte de la vida filosófica, de la filosofía misma, que la diversidad múltiple de las ideas es quizás la manera que la filosofía tiene –así lo diría Hegel– de manifestarse en la historia. Y que, a diferencia de algunas ciencias, cuyo contenido podemos aprender sin mayor referencia histórica, la filosofía no puede prescindir de su historia. Es su historia. Ésta es la razón por la cual tenemos que apropiarnos de su pasado. Entendemos entonces que la diversidad no es una carga inútil de la que hay que deshacerse, sino riqueza inmensa inexplorada, un mar que surcamos en nuestros viajes de descubrimiento, tesoros de sentido olvidados que pueden dar vida a nuestro pensamiento.

Desde luego, la tarea hermenéutica de interpretar no es todo, pues decíamos que la faena es doble: comprender (el sentido), y conocer (la verdad). Así tenemos junto a la tarea hermenéutica, una tarea teórica: adquirir un saber verdadero. Comprendiendo el sentido no hemos respondido todavía a la segunda tarea del pensamiento, que es adquirir un conocimiento verdadero. O para refe-

rinos a nuestro ejemplo, hay que decir que todavía no hemos respondido a la pregunta por la libertad del hombre. Nos movemos en el espacio de su sentido, pero todavía no hemos logrado saber si el hombre es libre. Me pongo a pensar y mientras más pienso, más me alcanza la pregunta y ya no me suelta. Cada respuesta que intento despierta nuevas preguntas. ¿El hombre es acaso libre? ¿O la libertad es una ilusión? ¿Qué es la libertad? Es la pregunta por la esencia de la libertad. Ahora ya me acucia sin tregua y me empuja hacia un torbellino de nuevas preguntas: ¿Cómo es posible la libertad en un mundo rígidamente determinado? ¿Pero es este mundo tan rígidamente determinado como lo piensan algunos? ¿No habría que revisar los conceptos de libertad y de necesidad? Pero, como dice mi profesor de filosofía del lenguaje, que es bastante positivista y como antimetafísico e incluso antifilosófico, tal vez todo eso del pensar no sea más que algo irreal, un espejismo derivado del lenguaje, que provoca una enfermedad en nuestro entendimiento. ¿He caído entonces en una trampa del lenguaje, he agarrado una enfermedad del espíritu? ¿Tendré que ir entonces al doctor a que me cure...? No. Es ridículo. ¿Acaso no dijo Pascal que la verdadera dignidad del hombre está en el pensamiento? Y por lo demás, al fin y al cabo la libertad es cosa importante para todo el mundo. Hasta para quienes tienen especial interés en negarla, como pasa con el malvado que busca con su negación una coartada para sus crímenes. ¿Pero cómo saber qué es la libertad? Quizás preguntando. ¿Pero a quién dirigirme?

De la libertad habla todo el mundo: no sólo el juez cuando reconoce como responsable de un acto criminal al culpable, sino también el cura cuando amenaza al pecador impenitente con el castigo eterno, el revolucionario cuando proclama el lema: "libertad, igualdad, fraternidad", también el defensor del "amor libre", y hasta el economista cuando quiere hacernos creer que la suma y perfección de la libertad es el "mercado libre". Quizás algunos de esos respetables señores que hablan de la libertad sepan decirme qué es. Voy a ir a preguntarles. Me dirijo primero al abogado. Le digo que, como él habla cotidianamente de "privación de libertad", de "libertad bajo fianza", del "derecho a la libertad de opinión", etc., yo creo que él sabe qué es la libertad y le pido que me lo diga. Si es sincero, después de un instante de reflexión el abogado dirá: "querido joven, yo he creído saber lo que es la libertad justo hasta el momento en que me lo has preguntado. Para mí, que soy un hombre de leyes, la libertad es algo natural como la respiración, algo que va de suyo, algo evidente, pero ahora que lo pienso, ya no lo sé. Y a ser sincero debo decirte que nunca me había puesto a pensar en eso". El aprendiz podrá ir ahora a visitar un legislador y después emprender otras visitas, las que por lo general darán un resultado parecido. En algunos casos los profesionales intentarán dar una respuesta, pero de nuevo el aprendiz comprobará que la gente –por regla general– no sabe lo que cree saber, más aún, y esto es lo grave, que en algunos casos como el de la libertad, eso que ignora no es algo accesorio a su actividad sino, ni más ni menos, el fundamento sobre el que todo el edificio jurídico, ético, religioso, en fin, humano, reposa. Es que el abogado preocupado en litigar, el juez en dictar sentencias, el diputado en legislar, nunca, o bien raras veces, vuelven la mirada hacia el hecho de la libertad para meditar sobre ella y asegurar el fundamento sobre el que descansa su actividad, y esto porque, entre otras razones, les parece evidente. Ellos viven a la luz de antiguos conceptos alguna vez conquistados por el pensamiento, como el de libertad y el de la justicia, de los cuales han ido olvidando poco a poco, a fuer de "usarlos", su sentido, un poco como se va gastando, hasta volverse irreconocible, la efigie de una moneda

que pasa de mano en mano. Ese olvido es fácil de comprobar en el interlocutor ateniense de Sócrates cuando seguimos con atención su diálogo con el filósofo sobre la esencia de la valentía o sobre algún otro asunto. Es el mismo olvido que constata nuestro aprendiz, que ha partido en busca de la esencia de la libertad, cuando su interlocutor no sabe responder a su pregunta. Pero ahora nuestro aprendiz de filósofo sabe algo más. Sabe que se encuentra interrogando cosas que, como la libertad o la justicia, son para la gente verdades evidentes, que van de suyo, pero que para quien piensa son agudamente enigmáticas, cuestionables y necesitadas de fundamentación. ¿Eso es la filosofía? Sí, eso. Un pensamiento que vuelve cuestionables cosas evidentes, como lo decía Hegel, pero no cosas cualesquiera, sino fundamentales, como la libertad.

Resumamos. Por una parte, he querido llamar la atención de los nuevos estudiantes sobre el posible estado de extrañamiento en que se encuentran después del coloquio y advertirles que no hará sino aumentar con los estudios durante un tiempo, motivado por la diversidad cambiante y contradictoria del pensamiento y de la vida filosófica. ¿Cuánto tiempo se mantendrán en ese estado? ¡Cómo saberlo! Pero sin duda será hasta que el pensamiento despierte en ustedes, aguijoneado por una cuestión filosófica. Cuando este acontecimiento espiritual ocurra (y no puede descartarse que eso ya haya ocurrido en alguno de ustedes, o que quizás en otros no llegue a ocurrir jamás), las opiniones de los otros, sus obras, sus sistemas, ya no estarán frente a mí incomprensibles y mudas, sino que, por decirlo así, comenzarán a hablarme, esto es, que alguna obra, algún pensamiento ajeno, dejarán de serme extraños y su sentido comenzará a animar y a revitalizar mi espíritu. Hegel pensaba que, para volver a sí, el espíritu tenía antes que salir fuera de sí, esto es, extrañarse en un elemento extraño –valga la redundancia– para volver a sí mismo enriquecido y permanecer en sí, aunque sólo hasta la nueva salida, hasta el nuevo extrañamiento. Es éste el doble movimiento del espíritu, su sístole y diástole en el mundo de la cultura. Salida, es decir, extrañamiento, y vuelta a la intimidad de la casa, esto es, desextrañamiento. El interés por reapropiarse de nuestra tradición aumenta cuando comprendemos que la diversidad pertenece a la filosofía misma y que esa diversidad no es un lastre para el pensamiento sino un terreno fértil para el florecimiento de las ideas. Y el interés aumenta todavía más cuando advertimos que la justa comprensión del sentido de la obra de un autor, o de la opinión de un maestro, es la mejor si no la única manera de volvernos libres frente a ellas.

En fin, he querido por otra parte señalar que, del extrañamiento en medio de la alteridad puede arrancarnos una pregunta esencial que despierte el pensar e impulse el cuestionamiento filosófico que busca el saber verdadero. Éste es el objetivo fundamental.